

En una de las cuadras del cuartel estaba un tal Ceballos hablando con varios compañeros.

—No pudo ser peor la aventura, amigos míos; figuraos que ya tenía en la mano los pliegos del reyezuelo, cuando cuatro embozados me dieron el alto, ¡cuerpo de Cristo! Me quedé punto menos que petrificado: pusiéronme las pistolas sobre el corazón y no hubo más que entregarles la correspondencia.

—Y por qué no diste espuelas á tu caballo?

—Ya! Se conoce que ignoras lo que es una sorpresa.

—Para correr siempre es tiempo.

—Menos cuando el susto embarga los sentidos.

—Y no te vapularon?

—No, querían hacer algo peor.

—Qué?

—Nada, una simpleza, ahorcarme!

—Esas son palabras mayores.

—Estamos á punto de tomar la revancha.

—La deseo ardientemente.

—Esperamos el momento para hacer una que suene.

—Esas son las que me gustan, yo estoy templado como mis paisanos de Veracruz; ya sabéis cómo se portó en el último tumulto.

—Ya sabemos algo.

—Mis paisanos no entienden de dianas, se lanzaron sobre la casa de ese señor que casualmente lleva mi apellido, se llama Ceballos; el pueblo creía que ocultaba á los emisarios franceses, y esto fué arrojar por balcones y ventanas los muebles; ya vuela una butaca, ya una mesa, ora un espejo, hasta dejar escueta y limpia la finca.

—Eso se llama mudarse sin cargadores.

—Precisamente.

—Continúa.

—Fué necesario para aplacar aquella tormenta, que el señor cura llevase el *Sagrado Viático*. Gracias á que eran católicos

CAPÍTULO V.

JAQUE AL REY.

I.

El virey Iturrigaray había enviado sus circulares, como había dicho fray Melchor de Talamantes, para la reunion de la junta provisional.

El guante estaba arrojado, los dos antagonistas frente á frente.

En aquella lucha se libraba la vida de uno de los contendientes.

El jueves 14 de Setiembre la Audiencia tuvo sesion á puerta cerrada, y en ella se convino el golpe de mano.

Bataller y Aguirre fueron el alma de la discusion y los agitadores mas turbulentos de la Audiencia.

Los agentes de los oidores comenzaron á repartir dinero entre el pueblo, que se puso un guardia para entrar en el motin.

Los barrios todos se armaron en el mayor sigilo, y el punto céntrico ó de reunion se estableció en el cuartel de San Pedro y San Pablo, junto á la iglesia de jesuitas, donde estaba la artillería al mando de Granados, comprado por los oidores.

los marineros y á que no quedaba en casa ni un palo, si no..... sigue la danza.

—Eres un animal; todo ese tumulto fué dirigido por los señores de la capital del reino.

—Cá! eso no puede ser; vamos, tú estás loco.

—Lo sé positivamente.

—Eso es otra cosa. Y qué nos tocará en esta revolucion?

—Dicen que trabajaremos sin sueldo y con *manos libres*.

—Así me gusta, que cada cual pille lo que pueda.

—A eso venimos.

—En cuanto á mí, poco me importa que mande la Audiencia ó el virey, todos son lo mismo; lo que quiero es motin para avanzar algo.

—Pues al negocio, ya es asunto arreglado.

—Donde nos descuidemos nos ahorcan.

—Pelillos á la mar.

—Desde que los enmascarados me ofrecieron columpiarme de un árbol, le tengo un miedo cerval á la cuerda.

—Todo es que falte el resuello, mientras llega ese momento, metamos al *buen día* en casa.

—Mientras llegan los gefes, echaremos algo de cartas.

—Sí, sí, gritaron todos los del corrillo; ahora que estamos habilitados es tiempo de *jugar*.

Aquella turba, cuyas ideas políticas acaban de escuchar nuestros lectores, se puso al juego, costumbre inveterada en las clases todas de la sociedad antigua.

II.

El virey Iturrigaray tuvo una larga conferencia con un abogado *criollo*, que lo puso al tanto de los impíos manejos de la Audiencia.

El virey despreció el aviso, manifestando una ciega confianza en su posicion, y sin tratar de oponerse á los planes de sus enemigos, que consideraba como irrealizables.

La tarde del 15 de Setiembre entró en su carruaje, y se dirigió al Palacio de Chapultepec: jamas habia estado de mejor humor.

—Señor capitán Gonzalez, dijo á uno de los oficiales de su comitiva, dadme una caña de pescar, la alberca está preciosa y su espejo atravesado sin cesar por pececillos á quienes pienso tomar en mis redes.

Algunos oficiales que estaban de acuerdo con la Audiencia, creyeron encontrar una alusion en las palabras de Iturrigaray.

El oficial le presentó al virey la caña, y estuvo algunas horas muy entretenido, dirigiendo bromas á los individuos que le acompañaban.

—El señor virey, dijo una vieja acercándose á Iturrigaray, es un buen pescador, pero no sabe tomar la caña.

—Enséñame, buena vieja, que cuando esté de regreso en España pienso pescar algo á orillas del Guadalquivir ó del Manzanares.

—Si su excelencia quiere hacer lance, no hay mas que tomar las corrientes, que los peces caerán solos.

—De eso se trata, buena vieja.

—Pues tomad la caña de esta manera para conservar el tacto.

Diciendo esto, deslizó en la mano del virey un papel.

Iturrigaray, que era hombre muy avisado, disimuló delante de su comitiva este accidente, y siguió en su tarea.

Despues de algunos momentos, dijo á la viejecilla:

—Id con Dios, que no olvidaré vuestras lecciones.

—Mucho cuidado, señor virey, los peces son gente mala y no hay que descuidarse.

Iturrigaray se internó en el bosque, y cuando se encontró so-

lo abrió el billete misterioso que estaba concebido en estos términos:

“Esta noche es la señalada para aprehenderos; desconfiad de cuantas personas os rodeen y estad alerta.”

—Vamos, dijo el virey algo alterado, que ya son tres avisos con este, y por distintos conductos; este demonio de abogado me ha hecho vacilar un tanto, la visita que recibí hace algunas noches de esa dama misteriosa, sus insinuantes palabras, todo me augura un desenlace horrible.... Demonio! esos señores oidores quieren que haga una que les pese; me tienen fastidiado soberanamente, y donde llegue á apurar la paciencia.... Dios no lo quiera, pero se han de acordar de mí.... no doy un solo paso sin que me encuentre con ellos. Hoy he sabido que han tenido una larga sesion.... no puedo creer tanta audacia.... atreverse á mi persona!.... se guardarian de intentarlo.

Iturrigaray acompañó estas palabras con un ademan resuelto.

A su lado se dejó oír una estrepitosa carcajada.

El virey se volvió con violencia.

—Quién anda ahí? preguntó alarmado.

—No tema su excelencia, soy yo, el loco Pedraja.

—Y qué buscas aquí?

—Nada, ando como su excelencia, pescando.... pescando.

—Qué querrá decir este desgraciado?

—Lo oís, señor? lo que sucede es que yo tengo otro método, pesco sin caña.

—Explicate.

—No sé de qué, solo que os hable de la alberca. Y á propósito, señor virey, no os engañe esa agua serena y trasparente donde se refleja tan puro el cielo, porque puede enturbiarse.

—Que te expliques, miserable.

—Yo miserable? ¡já! ¡já! ¡já!

Aquella carcajada le hizo una gran impresion á Iturrigaray.

—Vos sois el miserable, señor virey, vos á quien la fortuna

ha puesto una venda sobre los ojos.... entretenido en las distracciones de un grande hombre, no percibís la tormenta que se os viene encima.

—Pedraja, tú no eres un loco.

—Yo?.... yo loco?.... Dios mio! sí, he perdido el juicio por una muger!.... conozco algunos momentos, cuando mi razon me alumbra, que estoy hecho un desgraciado á fuerza de padecer.... En este momento mi juicio no sufre.... yo recuerdo que he oido, y no sé dónde, que unos hombres trataban de aprehenderos, que se reunian, que conspiraban metidos en los patios de un convento.... de un convento, Dios mio! gritó el pobre Pedraja.

Y sus ideas comenzaron á extraviarse al recuerdo de Rosalía.

—Allí, continuó, allí estaba ella; tal vez escuchaba cuanto decian.... pero no, no era ella, me hubiera hablado; porque habeis de saber que me ama.... nadie podrá separarnos.... sí, la Inquisicion!.... el fuego!.... el tormento!.... las llamas!....

El infeliz loco, dando gritos de espanto, se perdió en la espesura de los sabinos que cubren con una densa sombra el parque de Chapultepec.

—Ya es necesario no despreciar tanto á la fortuna; regresémonos á México y pongámonos en guardia.... la tropa del comercio y la artillería me son fieles; aun puedo librarme del golpe que aun no creo se me prepare.

Entróse en un coche, y seguido de su comitiva se echó á andar violentamente hasta llegar á Palacio.

III.

Los conjurados se presentaron en el Arzobispado, y su señoría ilustrísima bendijo sus armas, como las de los caballeros de las Cruzadas.

Mas de trescientos voluntarios llamados de Fernando VII, y á quienes decian *chaquetas*, aludiendo al uniforme que adoptaban, se situaron en varios puntos, y el grueso de ellos ocupó el Portal de las Flores y la Diputacion.

El fiscal Robredo tuvo la temeridad de presentarse en palacio á visitar á Iturrigaray.

Platicaron dos horas largas sobre asuntos del Estado y proyectos para el porvenir.

El insolente fiscal se levantó, y tendiendo al virey la mano le dijo con un tono particular:

—*Os deseo una feliz noche.*

—Vamos, dijo Iturrigaray, en todo encuentro algo alarmante; pues no me ha parecido que ese hombre me dirigia palabras intencionales? “que paseis una noche feliz:” será otro aviso?---- me han trastornado los cascos, durmamos, que ya con las providencias que he tomado puedo estar tranquilo---- esa junta debe reunirse próximamente, los minutos me parecen años---- esta gente conspira sin tregua ni descanso---- de buena gana les dejara yo su gobierno y me marchara á España---- hice mal en traer á mis hijos---- esta tierra anda revuelta y yo debia estar solo para cualquier evento.

Asomóse al balcon por si observaba algun síntoma de tumulto; pero las sombras eran tan espesas y el alumbrado tan escaso, que no pudo ver los grupos de conjurados que misteriosamente atravesaban en todas direcciones.

Desde la esquina de Provincia un embozado vió perfectamente destacarse en el foco de luz del balcon la figura de Iturrigaray.

—Malo, malo, ese demonio está en vela! es necesario esperar algunas horas.

—Esperemos, señor Bataller, no vayamos á fracasar.

—Señor de Cancelada, el golpe está perfectamente combinado, pero una indiscrecion puede costarnos la cabeza.

—La ansiedad me devora.

—Habeis hablado á última hora con García?

—Está dentro de palacio y espera tambien como nosotros con la mayor impaciencia.

—Nos engañará?

—No lo creais, señor oidor, está interesado en la aprehension de Iturrigaray.

—Luego estos comerciantes hacen barbaridad y media.

—Este García las hace con frecuencia; pero ahora conspira con nosotros.

—Nada falta?

—Nada; las casas de los abogados Verdad y Azcárate están rodeadas, así como la de fray Melchor de Talamantes, la del licenciado Cristo y las de todas las personas que habeis señalado.

—Bien, señor Cancelada, yo desde aquí veré todo, por lo que pudiera ofrecerse.

—Se acerca un embozado.

—Debe ser amigo.

—Yo soy, dijo la voz conocida del brigadier de marina don Juan Jabat.

—Adelante!

—Qué sucede que la gente está como muerta?

—Esperamos que el virey esté durmiendo; porque es necesario no olvidar que jugamos el todo por el todo.

—Eso por sabido se calla; pero creo no es un motivo para tanta inaccion.

—Iturrigaray es hombre á quien no se sorprende sino durmiendo.

—Sois unas palomas, señores conspiradores.

—No es eso, es que conocemos el terreno.

—Estos golpes de mano deben ser violentos, inesperados y audaces; de lo contrario, es preferible prescindir de la intentona.

—Ya que el señor brigadier da el *consejo* no seria malo diese el *toston*.

—Estoy dispuesto y vereis como me porto; estoy acostum-

brado á lances mas sérios para que me acobardase ante esta aventura, que por el riesgo es insignificante, aunque sus resultados gigantes.

—Es verdad, dijo Bataller, soy de la opinion de Cancelada, id al momento, vos teneis un génio impaciente y es necesario aprovecharlo.

—Pues con vuestro permiso.

—Id, señor brigadier, y Dios nos ayude en esta empresa.

Don Juan Jabat se fué á poner al frente de los conjurados, mientras Bataller y Cancelada se quedaron en el puesto en espera del resultado.

IV.

El primer grupo de los pronunciados se arrojó sobre el centinela que ocupaba el gariton de la esquina de Provincia.

El centinela, llamado Miguel Garrido, granadero del comercio, disparó su fusil sobre el grupo que retrocedió al momento.

Jabat aprovechándose de la oscuridad, tomó la retaguardia del gariton y asesinó por la espalda al granadero, que á la bayoneta se lanzaba sobre los conjurados.

El capitan de la guardia, Santiago García, que estaba vendido á los oidores, franqueó la entrada á Jabat y á los amotinados, dándoles paso hasta la habitacion de Iturrigaray.

Detúvose tímida la multitud ante aquella puerta; pero los instigadores que veian comprometida su cabeza en el lance, incitaron á los rebeldes y penetraron á la estancia donde el virey dormia profundamente.

Ramon Inarra le intimó la orden de prision, Iturrigaray se mostró digno en aquellos momentos.

El español Roblejo Lozano, luego que los soldados se apoderaron de la persona del virey, por la traicion mas infame y es-

candalosa, se puso á rebuscar en los roperos, robándose cuanto encontró á la mano y un valiosísimo hilo de perlas destinado á la reina María Luisa.

Un hijo de Iturrigaray quiso hacer fuego sobre los conspiradores, pero su padre lo contuvo, y se entregó en manos de sus enemigos.

El virey fué llevado á la Inquisicion.

Pusieronle en su carruaje con el alcalde de corte don Juan Collado, y el canónigo de México don Francisco Xarabo, marchando un cañon á vanguardia y otro á retaguardia, que situaron en la puerta principal del edificio y casa del inquisidor Prado, donde se trasladó, permaneciendo en la prision hasta la mañana del 18, en que con igual aparato fué llevado al convento de Betlemitas.

La desgracia fué insultada allí por boca de uno de los agitadores, que cobarde y ruin á la hora del peligro, se colocó en un alto asiento próximo á la estancia que servia de calabozo al virey destronado, y leyó en voz alta unos papeles en que se trataba de *traidor* al prisionero.

Las palabras de Cancelada dieron el último toque á ese cuadro vergonzoso de desmanes y desafueros.